



La **innovación**
partidista de las
izquierdas
en América Latina

La innovación partidista de las izquierdas en América Latina

© 2008, ILDIS - FES

Primera edición: Octubre 2008

ISBN:

Impreso en el Ecuador

Edición:
Franklin Ramírez Gallegos

Coordinación editorial:
Anabel Estrella

Diseño:
**Verónica Ávila/
Activa Diseño Editorial**

Diseño portada:
Adaptación del diseño
de **Gisela Calderón**

Impresión:
Imprimax

Tiraje:
1000 ejemplares

Las opiniones vertidas en este texto no necesariamente coinciden con las de las instituciones que lo auspician. Se autoriza a citar o reproducir el contenido de esta publicación siempre y cuando se mencione la fuente.

índice

presentación 7

introducción 11

uno 30

Primera parte

dos 36

tres 40

cuatro 44

cinco 50

seis 55

siete 60

ocho 66

**MICHAEL LANGER
FRANKLIN RAMÍREZ GALLEGOS**

El difícil tiempo de los partidos políticos
–Democracia partidaria, democracia
de opinión y política ciudadana–
FRANKLIN RAMÍREZ GALLEGOS

Representación, participación
y democracia
ALBERTO ACOSTA

Los partidos y movimientos políticos
de las izquierdas en el siglo XXI

El Polo Democrático Alternativo de Colombia
NELSON BERRIO REYES

Certezas, paradojas e incertidumbres
del Polo Democrático Alternativo
LUIS CARLOS VALENCIA

El Polo Democrático Alternativo
y la izquierda ecuatoriana
EDGAR ISCH LÓPEZ

El Partido de los Trabajadores: entre
el poder popular y el gobierno
IOLE ILIADA LOPES

Por una Fuerza Política de Izquierda
NORMAN WRAY REYES

El MAS en la lucha política popular
y en los niveles de gobierno
SANTOS RAMIREZ

Momentos –de tensión– en la conformación
y consolidación del MAS-IPSP
MOIRA ZUAZO

nueve	71	El Frente Amplio en Uruguay y su fuerza pluralista ROBERTO CONDE
diez	77	El acumulado político del Frente Amplio en Uruguay AGUSTÍN CANZANI
once	83	Lucha política de izquierda y cambio civilizatorio en América Latina GUSTAVO AYALA
doce	88	La democracia es el bastión del socialismo MARCELO SCHILLING
trece	95	Tres ideas en torno a la experiencia política del socialismo chileno SANTIAGO ESCOBAR
catorce	102	Ejes de debate sobre la Concertación Chilena XAVIER BUENDÍA
Segunda parte		Los procesos de unidad en la izquierda ecuatoriana
quince	106	Análisis comparativo de procesos de unidad en la izquierda ecuatoriana SILVIA VEGA
diez y seis	114	La experiencia del Frente Amplio de Izquierda (FADI) en Ecuador RENÉ MAUGÉ M.
diez y siete	121	Dinámicas socio-políticas en la construcción de Alianza País AUGUSTO BARRERA
diez y ocho	126	Alianza País: una apuesta política novedosa GUSTAVO LARREA
diez y nueve	133	Los nuevos movimientos sociales y las izquierdas RICARDO CARRILLO

Primera parte

Los partidos y
movimientos

políticos de las
izquierdas en
el siglo XXI

trece

Tres ideas en torno a la experiencia política del socialismo chileno

La presente exposición remarca aspectos sustantivos para la consolidación del socialismo en sociedades modernas, libres y diversas. Profundiza especialmente en la necesidad de consolidar las instituciones republicanas para garantizar el desarrollo social con equidad y, la incorporación de la participación, la deliberación, la transparencia y el acceso a la información como ejes de la acción política de los partidos o coaliciones de izquierda en el gobierno.

SANTIAGO ESCOBAR

Santiago Escobar / Director Ejecutivo del
Instituto Igualdad – Chile

Lo primero a señalar es que los partidos políticos son una representación de intereses privados en lo público, que aspiran a captar el gobierno y el poder político para realizar un programa de gestión de esos intereses, que los transforme en plataforma social y guía de cambio.

En una broma un tanto ácida alguien ha definido a los partidos políticos como “una asociación de enemigos con un objetivo común”, debido a los problemas de cohesión que normalmente presentan en su interior. Sin embargo, es necesario recalcar que cada partido, al igual que cualquier organización de la sociedad, tiene sus consensos culturales internos, producto no solo de sus reglamentos, aspiraciones y valores sino, también, de la ecología social en la cual ellos se desenvuelven.

En los partidos progresistas ha predominado la reflexión sobre los momentos del proceso político, especialmente aquellos orientados a la captura del poder, por sobre el debate acerca de las instituciones, su funcionamiento y contenido. Ello genera un desequilibrio en las manifestaciones políticas, que los vuelve o tremendamente instrumentales e impredecibles en el momento del ejercicio del poder, o tremendamente ideológicos en los procesos de captura del poder. Ello porque ambos procesos, el de captura del poder político y el de ejercicio del gobierno tienen una lógica diferente en su interior. No es raro entonces que, luego de dos décadas de democratización o vigencia de democracia electoral en la región, aparezca este tema en el centro del debate.

Bajo la perspectiva de que entre los temas de mayor relevancia está el referido a las condiciones institucionales del funcionamiento de la democracia, definido en el Partido Socialista como los ‘temas republicanos de la democracia’, estamos convencidos de que a fin de cuentas el gran capital de los ciudadanos, especialmente de los más desposeídos de bienes materiales, son las instituciones. Son estas las que garantizan la igualdad y la libertad para los pobres quienes, al no contar con instituciones que funcionen o con poderes públicos no corruptos, o con administraciones ciertas y transparentes en sus procedimientos, quedan totalmente fuera de la lógica de funcionamiento social que permite el desarrollo de un proyecto de país integrado y con justicia social.

Al ser parte de una coalición exitosa de gobierno, que ha ejercido el poder durante casi veinte años, se constata las profundas transformaciones en Chile. Sin embargo, éstas pueden llegar a ser pasajeras si no se ven consagradas por la existencia de instituciones republicanas que garanticen su

permanencia y cumplimiento. Por lo tanto la secularización republicana de las instituciones políticas en democracia es no solo una lección de la historia, sino ahora un objetivo programático de la lucha política del socialismo chileno.

Voluntad, organización y programa para la participación

Un segundo aspecto a recalcar es que realizar una democracia republicana, orientada a un estado constitucional y social de derecho, implica voluntad, organización y programa. Pero tal voluntad, organización y programa, sea como aspiración de un partido político, un movimiento o una alianza política, no se hace en el vacío social.

La atmósfera social actual está caracterizada por un cambio sustancial de los elementos performativos de la política, entre ellos la percepción social de lo que la política debería ofrecer a los ciudadanos.

No soy de los que creen en la apatía como simple reflejo de la sociedad civil. Lo que hay detrás de esta aparente desafección es una asincronía entre lo que los ciudadanos esperan y lo que la política ofrece.

En el contexto actual, las presiones sobre la política provienen no solo de un mayor desarrollo tecnológico sino también de una mayor velocidad, flujo de hechos y de situaciones que dan lugar a una complejidad que los partidos en general no son capaces de captar adecuadamente.

Los gobiernos se ven cercados por una mayor densidad técnica, con una sociedad que adquiere sus criterios de opinión y estructura sus demandas a partir de una información globalizada. Y por lo mismo, la manera de informarse e interpretar la realidad, o de crear una atmósfera política, no proviene solamente de los mensajes que suministran los mediadores políticos inmediatos, como son los partidos o los líderes de opinión, los medios de información o el gobierno con sus acciones.

Las atmósferas sociales se alinean en interpretaciones muchas veces derivadas de lo que denomino ‘estado osmótico de información’, es decir, una situación de cruce de variables significativas, sin orden ni jerarquía, provenientes de diferentes partes y medios, muchas veces con una velocidad que las acerca poderosamente a la espontaneidad. Ello crea no solo vínculos inmediatos o espontáneos, sino, también, atmósferas nuevas que

aparecen y desaparecen haciendo muy fluida la realidad. El fenómeno de la espontaneidad social llegó para quedarse y es uno de los principales desafíos de la política moderna.

El caso chileno y de la Concertación de Partidos por la Democracia en el momento del Plebiscito del año 1988, en que se derrotó políticamente a la dictadura de Augusto Pinochet, es un ejemplo claro de ello. El momento era de un agotamiento psicosocial de la sociedad, capaz de motivar un cambio político aluvional, una explosión insurreccional o una depresión e inmovilidad colectivas. La privación de derechos y la presión social de la dictadura daba para una u otra situación, y lo que efectivamente ocurrió es que generó una derrota política larga a la Dictadura y una base de confianza de onda larga para la Concertación.

El arte político de ésta no fue la derrota política de la dictadura con sus propias armas, sino el aprovechar ese agotamiento psicosocial de manera creativa para dar un giro estratégico al país en un ambiente de alta estabilidad, usándolo no como un combustible de rabia sino de alivio y confianza política en los nuevos gobernantes. Parte de esa magia perdida, de tranquilidad y optimismo, es lo que muchos sectores del PS critican a la actual conducción gubernamental, sin comprender a cabalidad el significado de las coyunturas y la durabilidad de los argumentos sociales.

En la actualidad, la incursión política está desprovista de nuevos instrumentos interpretativos de una sociedad civil que tiene un ambiente de mayor diversidad social y política, mayor complejidad técnica, mayor información. Eso es lo que produce la asincronía entre las expectativas ciudadanas y la oferta política.

Considero que la sociedad espera participación como poder decisorio frente a la política pública. También espera transparencia, expresado como derecho social a la información, que es vital para instalar procesos políticos de amplia legitimidad. Y espera responsabilidad de sus gobernantes para hacerse cargo en público de los errores que la gente conoce y experimenta en sus efectos.

Hay que mirar con atención el fenómeno que se vive en Italia, donde se demuestra que pese a la debacle completa de su sistema político hace pocos años, la sociedad empieza a recomponerse en movimientos políticos con una amplia participación popular. Hasta el punto que en las elecciones primarias generales votaron más de 3 millones de ciudadanos por el Partido

Democrático y lo más probable es que ese hecho afirme un proceso de participación política muy directo en los diversos niveles. Es decir, es posible hacer participar a la gente si se tiene voluntad política, ideas claras sobre la institucionalidad democrática, la propia y la del país, y un programa que la gente entienda y por el que se sienta representado.

La confianza y el diálogo como bienes públicos perfectos.

Deseo subrayar, por último, que la política moderna tiene un elemento consociativo indispensable, que en el caso de Chile ha sido muy importante para superar los problemas tempranos de una transición política compleja. Si las sociedades modernas tienden a la libertad, también tenderán a la diversidad y deberán constituirse como sociedades plurales.

El elemento consociativo indica que no es posible avanzar hacia una institucionalidad estable sin acuerdos macros, sin un cierto consenso sobre las reglas del juego y sin la producción de ciertos bienes simbólicos, especialmente la confianza, que permiten un funcionamiento relativamente cierto y estable del sistema político.

La instalación de una atmósfera de reglas del juego claras, y la confianza, son componentes centrales para que el elemento consociativo de la democracia moderna se transforme en un 'ethos republicano', que de paso a una política dialógica y no de enemigos, y genere certidumbres constitucionales y garantías para las minorías.

Ello no es espontáneo sino orientado, pues lo espontáneo en una sociedad plural es la fragmentación, razón por la cual lo consociativo no implica eliminar el debate, sino solo orientarlo para que se transforme en el piso que pone las condiciones para un ejercicio dialógico de la política.

Por lo tanto, considero que las Asambleas Constituyentes o los momentos constitutivos de régimen como los que se vivieron en Chile entre 1988 y 1990, para hacer posible la transición a la democracia, son cruciales en cada sociedad. Para que los principios de transparencia y responsabilidad cristalicen en torno del objetivo central de cualquier institucionalidad es necesario un encuadramiento jurídico de los fenómenos sociales y políticos que sea aceptado por todos. Expresan mucho más el momento de la hegemonía y el debate que el momento de la dominación y la confrontación.

Desde esa perspectiva, las Constituciones que nacen bajo este prisma son encuadramientos jurídicos de fenómenos sociales y políticos que deben garantizar un desenvolvimiento institucional y social bajo garantías generales. Pero son también criaturas de sus circunstancias que, junto con habilitar un nuevo período, inevitablemente se agotarán en el devenir de lo social y lo político, razón por la cual deben ser pensadas de manera flexible e inclusiva.

Se acostumbra a decir que las Constituciones constan de una parte orgánica y de una parte dogmática o valórica. Sin embargo son algo mucho más complejo que eso, sobre todo en la sociedad moderna. Por lo que resulta indispensable tener claro cuatro aspectos esenciales.

En primer lugar las Constituciones son un consenso cívico sobre los fundamentos y los valores de orientación de todo el sistema, y de cómo ellos pueden permear el funcionamiento de toda la institucionalidad del país.

En segundo lugar son, una arquitectura institucional de las funciones del Estado, desde la existencia de un Defensor del Pueblo hasta un Tribunal Constitucional u órgano afín, que permita reinterpretar institucionalmente el flujo social en ella

Tercero, constituyen un sistema decisorio de Estado con competencias y responsabilidades que se expresan en mecanismos acabados que no traban ni dificultan el funcionamiento del Estado ante la primera controversia.

Finalmente expresan una sincronía institucional y jurídica, es decir, son una especie de sinfonía exenta de notas fuertes, pero capaz de armonizar intereses sociales muy diversos e incluso contradictorios con alta legitimidad social. El único requerimiento es que esta legitimidad no sea delegada sino originaria del pueblo que como soberano sanciona con su voto la Constitución.

En el caso chileno hemos cumplido la etapa de las normas o de las reglas consociativas, que sirvió para hacer la transición. Sin embargo, actualmente está abierta la discusión sobre el Estado social de derecho ya que la Constitución que nos rige no representa ni el consenso social actual de la sociedad, ni su nivel de desarrollo. Si bien un país no puede gobernarse de manera plebiscitaria, una Constitución no es plenamente legítima si no ha sido aprobada con el voto directo del soberano.

Deseo finalizar señalando que los partidos de izquierda, deben salir a disputar los significados de la política en la nueva realidad social.

La sociedad moderna es una sociedad veloz, de redes, vínculos informales y círculos de opinión, muchos de ellos en la red informática universal. Ellos deben instalar un proceso informativo general al interior de la sociedad, para lo cual requieren manejar elementos tecnológicos de la modernidad junto con contenidos reinterpretaivos de la sociedad.

En tales aspectos está la clave para manejar la espontaneidad. No deben pensarse los movimientos sociales como un soporte permanente, pues siempre se mueven por un interés concreto que una vez realizado los desactiva. Cuando ellos adquieren conciencia y vocación más general y política, requieren de sistemas de referencia, sentidos comunes más amplios que no se pueden improvisar, y que son el nicho de los partidos políticos y sus programas.

Todas las improvisaciones en la experiencia de las izquierdas en América Latina, en las que incluyo el Chile de la Unidad Popular, el Frente Amplio en los años setenta, etcétera, han tenido consecuencias trágicas. Hoy debe aprovecharse el sentido de red que tiene la sociedad moderna para tejer un proyecto de amplia base social, con sentidos comunes compartidos. Parte sustancial de la política moderna no se domina en la calle, sino en el flujo cotidiano del funcionamiento institucional y social de un país.